

085. El Padre Pío

Creo que nos va costar mucho llamar al Padre Pío *San Pío de Pietralcina*. Se va a quedar para siempre con el nombre más cariñoso y familiar de **Padre Pío**, sin más. ¿Quién fue el Padre Pío, el santo que hoy presentamos?

Cuando el mundo se ha empeñado en echar fuera a Dios, Dios le ha dado una respuesta con este religioso Capuchino que ha llenado todo el siglo veinte y que arrastra diariamente a multitudes cada vez más grandes. Lo que contemplamos todos por Mundovisión el día de su beatificación no lo había visto Roma jamás. El mismo Padre Pío lo había profetizado bromeando: *Vivo he metido mucho ruido, pero muerto meteré más ruido aún*. Y eso que en su vida no salió nunca de su convento humilde, en un caserío del sur de Italia.

La vida del Padre Pío no puede ser más sencilla. De familia campesina, entra religioso en los Frailes Franciscanos Capuchinos, y es ordenado sacerdote en agosto de 1910. En el recordatorio de su Ordenación, escribió: *Jesús, vida mía. Hoy con temblor te levanto en un misterio de amor. Que sea yo para el mundo contigo vida, verdad, camino, y que para ti sea un sacerdote santo y una víctima perfecta*. Así lo pidió, y así iba a ser.

En su convento de San Giovanni Rotondo, y mientras oraba ante el Santo Cristo, el 20 de Septiembre de 1918 aparece el Padre Pío con las manos, los pies y el costado sangrantes. Era imposible ocultar el fenómeno. Las gentes se dan cuenta, toman todo como venido de Dios, empiezan a afluir a su Misa y a rodear su confesonario, y aquellas filas de peregrinos ya no cesarán hasta el 23 de Septiembre de 19068 —cincuenta años justos—, cuando Dios se lo lleve al Cielo.

El Padre Pío se convierte en una imagen viviente de Jesús Crucificado, con un martirio místico que nosotros no entendemos. Cuando uno de sus devotos le dice un día: *Padre, voy a pedir a Dios que me haga sufrir a mí lo que usted sufre y le libre de tanto dolor*, el Padre le responde confiadamente: *Hijo mío, caerías en tierra fulminado*. El Padre entiende esta su misión: orar y sufrir por las almas, y dirá después: *Sobre mis espaldas está todo el mundo*.

El ministerio de las confesiones va a ser su gran apostolado. Filas interminables se sucederán día a día en la pequeña iglesia. Adivina las conciencias, avisa, corrige, anima. Las gentes más humildes y las más encumbradas llegan desde toda Italia y del mundo entero. Hay una anécdota —ni confirmada ni desmentida, como dice un gran periodista, lo cual quiere decir que es cierta— y que se ha hecho famosa. Un día se le presenta al Padre Pío un joven sacerdote polaco que está en Roma haciendo su tesis doctoral, y el confesor le dice: *Te veo vestido de blanco, pero con la sotana manchada de sangre*. El caso es que aquel sacerdote llegará a Papa, y, siendo Papa, Juan Pablo II irá a visitar la tumba del Padre Pío, y será el mismo Papa quien colocará a su santo confesor en los altares...

¿Cuál es, aparte de las confesiones, el gran apostolado del Padre Pío? El mismo se define diciendo que sólo es *Un pobre Fraile que reza*. Oración y más oración es su vida entera. A tantos grupos como acuden a su iglesia, les dice únicamente: *¡Recen!* Y promueve los Grupos de Oración, hoy extendidos por todo el mundo, y que suman varios millones de personas comprometidas a dedicarse cada día a la oración.

Un Padre de su convento le da después de la cena las buenas noches. Y el Padre Pío: *¿Buenas noches? Eso para usted que duerme.* Con tanto sufrimiento encima, el Padre Pío se pasa muchas noches en claro, dedicado del todo a la oración. Aldo Moro, entonces Presidente el Gobierno de Italia, llama al Padre Pío pidiéndole oraciones, pues está ocupadísimo. Y el Padre le responde: *Y tú, ¿cuánto rezas?...*

Reza, sobre todo, el Rosario, que no se le cae de las manos. Un Padre compañero suyo le pregunta bromeando: *¿Cuántos rosarios reza cada día?* Y el Padre Pío, con naturalidad: *Cuando me va mal, treinta.* El otro, riendo: *Pues, cuando le va bien, ¿cuántos son?* Y bromeando también el Padre Pío: *Curioso, quieres saber demasiado...* Del Rosario solía decir: *Esta oración es el resumen de nuestra fe, el sostén de nuestra esperanza, la explosión de nuestro amor.*

No todo se le iba al Padre Pío en oración y confesiones. Para ayuda de los enfermos pobres, funda la Casa de Alivio del Sufrimiento. Nadie entiende ese milagro. Esa Casa se ha convertido en una clínica imponente, con más de 1200 camas, y con todos los adelantos últimos de la ciencia médica.

¿Nos figuramos tal vez que la vida del Padre Pío fue una sucesión de triunfos y gloria? ¡Oh, no! Todo lo contrario. La persecución, apenas aparecido el fenómeno de las Llagas, fue ininterrumpida. Por orden de las más altas autoridades de la Iglesia, que no veían claro, se le sometió al Padre a pruebas durísimas. Se le prohibieron las confesiones y no podía celebrar Misa en público. Mientras tanto, él no rompía su heroica norma de vida: Obediencia total. Silencio absoluto. *¡Que se haga la voluntad de Dios!...*

Hasta que llegó el 23 de Septiembre de 1906. Con las palabras: *¡Jesús! ¡María!*, se cerraban sus labios. El funeral, en aquel pueblecito tan pequeño, atrajo a más de cien mil personas. Hoy la Iglesia nueva tiene una acogida para seis mil quinientas personas sentadas, y son trece los confesonarios que atienden los Padres Capuchinos para continuar el ministerio heroico del Padre Pío, ante los más de seis millones de peregrinos anuales que visitan la tumba del Santo.

Cada día comprobamos cómo el mundo se aleja de Dios en muchas partes. Pero vemos también cómo el mundo busca a Dios. En la vida del Padre Pío no hay más que Oración y Sacramentos, y un pobre religioso como él, que no se ha movido de su pobre convento, está siendo un imán irresistible. Se repite hoy el fenómeno de su Padre San Francisco de Asís: *¿Qué tiene para que todo el mundo se vaya detrás de él?...* Dios. No hay otra explicación.